



Magallania

ISSN: 0718-0209

fmorello@aoniken.fc.umag.cl

Universidad de Magallanes

Chile

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

Magallania, vol. 37, núm. 2, 2009, pp. 227-235

Universidad de Magallanes

Punta Arenas, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50616416014>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS*

LA SOMBRA DE DARWIN. LA HISTORIA DE FITZROY, EL CAPITÁN QUE LLEVÓ A DARWIN A BORDO DEL HMS BEAGLE EN UN VIAJE QUE CAMBIÓ LA HISTORIA DE LA CIENCIA. Por Peter Nichols. Emecé. 16 x 24,5 cms. 280 págs. Ilustraciones. Buenos Aires, 2003.

El famoso viaje de Charles Darwin a bordo del *HMS Beagle*, que lo llevó a sus sorprendentes descubrimientos sobre la evolución, fue planeado con un propósito enteramente diferente. De hecho Darwin no había sido elegido por su pericia científica. El estaba allí como acompañante de Robert FitzRoy, el capitán del barco, quien trataba de restituir a los nativos arrebatados un año antes, y luego de una temporada “civilizadora” en Inglaterra, a Tierra del Fuego. FitzRoy esperaba que la presencia de Darwin durante la larga y difícil travesía pudiera ayudarlo a evitar la enfermedad mental que había asolado a su familia por generaciones.

Pero ni Darwin ni su revolución brindaron alivio o consuelo a FitzRoy: el enfrentamiento entre visiones fundamentalistas de la creación y las revelaciones aportadas por el científico inglés le causaron un tormento interminable hasta el final de sus días. *La sombra de Darwin* aporta una mirada completamente original sobre uno de los momentos decisivos en la historia de la ciencia. Peter Nichols relata la notable y trágica historia del capitán FitzRoy

y su viaje alrededor del mundo, sin el cual el hito Científico de Charles Darwin nunca habría podido haber ocurrido (EMECE).

FITZROY CAPITÁN DEL BEAGLE. La asombrosa historia del hombre que fue indispensable para que Darwin desarrollara su obra y que mejoró la seguridad de los navegantes. Por John y Mary Gribbin. Editorial Juventud. 16 x 24 cms. 334 págs. Ilustraciones. Barcelona, 2006.

Nacido en 1805, Robert FitzRoy se enroló en la Armada Real a los 12 años. A los veintitrés años de edad ya estaba al mando de un velero de noventa pies de eslora, enfrentándose a los peores temporales invernales para realizar un levantamiento hidrográfico del extremo meridional de América del Sur. Tres años más tarde regresaría al Cabo de Hornos como una de las estrellas pujantes de la Armada y capitán del *Beagle*. Había decidido que le acompañara un joven naturalista llamado Charles Darwin, cuyos estudios tendrían un impacto revolucionario.

En FitzRoy, John y Mary Gribbin cuentan la asombrosa historia de uno de los mejores navegantes del siglo XIX, cuya obra no sólo contribuyó a que Darwin desarrollara la teoría de la evolución, sino que mejoró la seguridad de todos los navegantes que vendrían después de él (EDITORIAL JUVENTUD).

* Sección destinada a informar y comentar únicamente obras relacionadas con la Patagonia, la Tierra del Fuego y regiones adyacentes.

PARQUE NACIONAL TORRES DEL PAINE.
El paraíso de la Patagonia. Juan José Romero y Javier Mimica, CONAF Magallanes (Coordinación editorial); Alejandra Zuñiga Sepúlveda CONAF Magallanes (Edición, investigación y producción editorial). Corporación Nacional Forestal CONAF. 30 x 24 cms. 143 págs. Ilustraciones y mapas. Santiago, 2009.

Edición especial destinada a conmemorar el cincuentenario de la creación del Parque Nacional “Torres del Paine” que por su esplendor paisajístico y sus formas naturales ha devenido un ícono representativo de Magallanes y de Chile en el mundo. La obra, de excelente factura, buen diseño y magníficamente ilustrada como se lo merece el afamado sitio, da cuenta en una acertada síntesis informativa del origen y evolución geológicos, como de las características que dan singularidad a este afamado parque; así como de su historia desde lo más remoto de la presencia humana conocida, su hallazgo y conocimiento para la geografía y la ciencia, la valorización de sus recursos vivos e inertes y el proceso de creación del parque y una referencia pormenorizada a las ascensiones andinísticas. Por fin, la rica información se completa con aspectos técnicos referidos al manejo del parque, la vida en el mismo, la variedad de trabajos que su conservación exige y sus proyecciones científicas y culturales.

DE ITALIA A MAGALLANES. *Breve historia de los inmigrantes italianos en el extremo austral de Chile. DALL’ITALIA AL MAGELLANO. Breve Storia dell’immigrazione italiana nell’estremo sud del Cile. Por Mateo Martinic Beros. Istituto Italiano di Cultura. 16 x 21 cms. 146 págs. Ilustraciones. Punta Arenas, 2008*

Queremos una luz clara en el horizonte, un futuro feliz para nuestros niños. Sabemos que la sociedad no puede ser perfecta, pero tampoco es bueno que aceptemos algunas orientaciones que toman ahora la cultura austral. Paredes rayadas, basurales clandestinos, conductas humanas que lindan en la bestialidad e injusticias cabales parece herimos cada día.

Por cierto, esta última no es la Patagonia con que soñó, sueña y soñará Mateo Martinic Beros. Para él, todo el vasto y riquísimo pasado de la comarca se caracterizó más por hechos que proceden del esfuerzo creador y de la pacífica convivencia que por sucesos de turbulentos.

La lucha de nuestro escritor, el más documentado y perseverante y el de un carácter más singular, se ha dirigido a rescatar el tesón, la constancia, la iniciativa, la inteligencia, virtudes que permitieron superar los difíciles momentos que caracterizaron el inicio de la vida civilizada en estas latitudes.

Este gran animador de la palabra, no ha cesado, en cuarenta cinco años, de multiplicar su voz y de sentir como propios sentimientos, esperanza, penurias y dolores que los seres humanos vivieron en el pretérito patagónico. El enorme friso - recuperación de la vida - que ha configurado no tiene paralelo en la vida literaria austral.

Hace cincuenta años en clase de literatura hispanoamericana escuché la voz del profesor Ricardo Latcham quien nos habló de los miles de libros sobre los habitantes, la flora, la fauna y los aspectos telúricos de la Patagonia, pero todos ellos escritos por gente no nacida ni afincada en estas tierras.

Ahora se trata de alguien que nació, se educó y luchó, sin apartarse nunca de la visión de estas aguas, de estas cordilleras, de estas estepas. No puede haber cesado de caminar sobre la nieve o contra el viento y la lluvia para llegar al colegio. No puede haber dejado de transitar el largo corredor, flanqueado de fotografías de Alberto De Agostini. Tampoco pudo ser inadvertida para él, la bondad y el amor a Magallanes del director del colegio San José, Pedro Giacomini. Como todos nosotros, llegó cada día al colegio con su lapicera de palo, su pluma de metal y su terrible frasquito de tinta. Tal vez algún día, junto a ese árbol inclinado - lluvia de oro - mientras sus compañeros jugaban a “las de universo” y “las de yeso”, él cultivó su cariño por las personas y los hechos del pasado austral.

En el párrafo final de este trabajo sobre los italianos, se señala lo siguiente: “De la manera succinctamente expuesta es posible comprender cómo la presencia y hechos de los hijos de Italia en la Región Magallánica han tenido trascendente significación en su variado acontecer histórico”.

Es, por tanto, este trabajo, una visión general cuya excelente enfoque permite captar una presencia que se extiende desde Antonio Pigafetta hasta el presente. Los libros de síntesis son vitales para que el lector tenga imagen de conjunto, indispensables para el hombre moderno. Esta obra de Martinic se suma a otras del mismo carácter sobre españoles, suizos, alemanes y croatas. Se inserta, en conse-

cuencia, en una actitud permanente del autor de valorar la acción de los inmigrantes.

El semiólogo Umberto Eco ha perfilado y puesto en boga aquella estimulante idea de que el lector con su experiencia y su "encyclopedia" le da sentido a un libro. Vale también este concepto para la presente obra. Ella basta para que el lector asume la generosidad de Domingo Pasolini, la perseverancia, sensibilidad e inteligencia de Alberto De Agostini, las intuiciones de Carlos Foresti, el respeto por los indígenas de Fagnano, Borgatello, Coiazzzi y Beauvoir, las pacientes observaciones del clima de José Re, el afán de llevar a los cielos iglesias y catedrales de Juan Bernabé, la solidaridad de Juan Bautista Contardi, José Grimaldi Piacenza y Víctor Cuccuini. También ella basta para apreciar el esfuerzo de cada minuto de tantas y tantos artesanos, que no descansaban hasta obtener un trabajo perfecto, desde el área de la herrería, la marmolería y la construcción hasta la de vestuario o la moda femenina.

¿Habrá italianos o italianas olvidadas? Seguramente. Siempre ocurre en obras de este carácter. Pero ellos y los anteriores estuvieron también en esta lucha por ser útiles a Chile, de quienes pusieron su trabajo, su intelecto y su generosidad al servicio de la Patria que los acogió con tanto cariño.

Fulvio Molteni Torres

*MONUMENTA CARTOGRAPHICA CHILOENSIA.
MISION, TERRITORIO Y DEFENSA 1596-1826.
Por Gabriel Guarda O.S.B. y Rodrigo Moreno Jeria.
Corporación del Patrimonio Cultural de Chile-
Larraín Vial. 25 x 25 cms., 206 págs. Ilustraciones
y mapas. Santiago de Chile 2008.*

El conocimiento y la divulgación de la cartografía histórica de Chile ha sido y es una materia cuyo estudio ha preocupado de manera excepcional a los historiógrafos nacionales. En efecto, sólo se cuenta hasta el presente con una escasa cantidad de títulos, de los que los primeros y clásicos en la materia son los trabajos del eminentísimo José Toribio Medina (1952). En ese conjunto los que pertenecen al P. Gabriel Guarda O.S.B. hacen el número más importante por su contribución al conocimiento específico de parte de la región meridional chilena. Con este antecedente, no sorprende que este distinguido historiador se haya ocupado de la cartografía referida a Chiloé durante el período corrido entre 1596, fecha de aparición del primer mapa escogido

para el trabajo y la incorporación efectiva del archipiélago sureño a la jurisdicción plena de la República de Chile, dado el profundo conocimiento que posee sobre territorios, lugares y acontecimientos meridionales durante el lapso mencionado.

Chiloé, bien se sabe, fue la avanzada suroccidental del Imperio Español en América, y tal condición geopolíticamente importante hizo del mismo un territorio de especial preocupación para la Corona, en vista del interés que el mismo concitaba para algunas potencias europeas, aunque siempre insuficiente en términos de seguridad como lo demostró su vulnerabilidad ante las incursiones extrañas, esto es, las agresiones holandesas ocurridas en el transcurso de la primera mitad del siglo XVII.

Más allá de la insuficiencia de medios y de continuidad de políticas tendientes a la seguridad de la defensa de ese bastión jurisdiccional, la preocupación se manifestó en acciones y disposiciones de diferente índole, entre las que, a nuestro entender, las más importantes fueron aquellas destinadas a conseguir el mejor conocimiento territorial *sensu lato*, esto es, el gran ámbito geográfico que rodea por el norte, el oriente y el sur a la isla grande de Chiloé. Toda esta variada preocupación, la propia de las autoridades hispanas y la de otras potencias interesadas en aquella vasta zona del Nuevo Mundo dio lugar con el transcurso de los siglos a un notable corpus documental cartográfico, cuyo conocimiento interesa por cuanto los mapas brindan información diversa siempre provechosa para el adelanto del conocimiento histórico y, en lo que interesa, al particular de las regiones australes chilenas situadas al sur del río Toltén.

Interesados en el estudio de aquella parte de la misma que conformó la posición más extrema y sensible de la periferia jurisdiccional española, como fue la isla de Chiloé y su inmediato entorno, el P. Guarda y Rodrigo Moreno han realizado importantes trabajos específicos referidos a diferentes aspectos de su acontecer (poblamiento, misiones, defensa, arquitectura, formas económicas, etc.) y, ahora, en una empresa conjunta, asumieron la tarea del estudio de la cartografía concerniente al ámbito geográfico de que se trata.

El fruto notable de este esfuerzo que tomó largos años de búsqueda y desarrollo es la publicación que se comenta, que si principalmente está constituida por la reproducción seleccionada y

comentada de piezas cartográficas (102) que dan cuenta de la evolución del conocimiento geográfico entre las postrimerías del siglo XVI y los comienzos del XIX, está complementada por una bien fundada presentación preliminar en la que se aborda con precisión magistral las características de la cartografía estudiada y la formalidad de la exposición, en el debido contexto histórico. Estos aspectos se completan con la inclusión del elenco cartográfico, la bibliografía de apoyo y los índices onomástico y topográfico útiles para el mejor uso de la obra.

Mención especial merece la presentación material del libro. Es, sencillamente, magnífica en lo tocante a diseño, que consideramos apropiado, excelente y bien cuidado en los detalles; la calidad de las ilustraciones (mapas y grabados), el papel del texto y reproducciones cartográficas, y el de las cubiertas, en fin. Es, en verdad, toda una obra de arte que prestigia a los autores y hace más valiosa su contribución al conocimiento histórico referido a la región chiloense, posible tanto por el talento de sus autores, como por el acertado patrocinio brindado para la publicación por la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile, con el concurso financiero de Larraín Vial en el contexto de la Ley de Donaciones Culturales.

Mateo Martínic B.

LA FRONTERA DE ARRIBA EN CHILE COLONIAL. Por Ximena Urbina Carrasco. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. 17,5 x 24 cms. 354 págs. Mapas. Santiago, 2009.

No deja de sorprender al estudioso la genialidad de la visión geopolítica manifestada por Pedro de Valdivia al tiempo de iniciar la conquista fundacional del territorio que dio en llamar “de la Nueva Extremadura”, conocido por algunos de sus naturales con el nombre de Chile, cuando entendió que el mismo debía tener una base territorial no sólo extensa y prolongada de norte a sur hasta el remoto estrecho de Magallanes, sin también una amplitud este-oeste que rebasara la cordillera de los Andes. Es que, a los ojos de ogaño, nada extrañaría, por una suerte de lógica visual, que cualquiera que penetrase siguiendo el mismo trayecto original del capitán español, viera en las colosales montañas andinas, por un extendido trecho, una suerte de muro frontera impasable y, como tal, definidor de dominio.

Pero, se sabe muy bien, no fue tal la perspectiva de Valdivia, quien con tenacidad reclamó y reiteró ante el rey-emperador Carlos que se le otorgase a su gobernación un territorio suficiente para su ulterior formación y desarrollo, con una amplitud de cien leguas españolas de occidente a oriente, medidas desde la costa del Mar de Sur, prolongado al meridón hasta los bordes del estrecho de Magallanes, abarcando aquí litorales de los dos océanos por la circunstancia ya entonces conocida del progresivo enangostamiento del continente americano. Y mientras tal hacía se empeñó no sólo en avanzar y fundar cada vez más hacia el sur, sino que simultáneamente y sin olvidar aquella parte del extenso dominio atribuido que se situaba al naciente de los Andes, dispuso las primeras penetraciones exploratorias para fines de conocimiento y debida jurisdicción. En eso se hallaba cuando el infiusto acontecimiento de Tucapel con la derrota de la hueste hispana a manos de los mapuches, puso fin a sus sueños de dominio y a su propia vida.

Sus sucesores, con distinto énfasis, en la medida que el curso turbulento de los acontecimientos que siguieron y otras circunstancias lo permitieron, no sólo procuraron afirmarse en lo conquistado sino proseguir más allá por el meridón y por tierras de ultracordillera, con lo que hacia las postrimerías del siglo XVI la empresa fundacional de Chile hubo de revestir proporciones geográficas considerables al abarcar desde el Pacífico hasta los lindes orientales de San Luis de la Punta hacia las pampas de Buenos Aires, y desde el desierto de Atacama a la isla de Chiloé. Pero cuando así se daban las cosas y se procuraba asentar con firmeza la presencia hispana, con sus afanes de sujeción y dominio de gentes, de explotación económica de los recursos y de evangelización y civilización, sobrevino otro suceso más infiusto todavía que el mentado de Tucapel, la sublevación generalizada del mundo mapuche en 1598 y que se prolongó hasta 1604, con su episodio decisivo en Curalaba en el que, otra vez, perdió la vida un gobernador de Chile, el infeliz Martín García Oñez de Loyola, que impondría un sesgo histórico al curso de la naciente entidad sudoccidental del Imperio Español en América. Esta derrota militar propinada por Anganamón, Pelantaro y otros toquis mapuches a los españoles, tuvo en efecto mayores y más prolongadas consecuencias para la empresa de la consolidación de la conquista,

que para la época podía entenderse por concluida en lo general, como fue la pérdida de las ciudades y fuertes, y de sus entornos ocupados y explotados, al sur del río Bío Bío y, con la sola excepción de la plaza aislada de Valdivia, hasta el canal de Chacao. Vale decir, un extenso territorio cisandino del Reino que por largo tiempo quedaría sustraído a la autoridad española para pasar a conformar una zona de frontera interna y como tal el teatro geográfico principal de los acontecimientos que, con avatares, tuvieron ocurrencia durante el transcurso de los siglos XVII y XVIII.

Así entonces, las autoridades de la Gobernación inicialmente y de la Capitanía General después, más conocida en su tiempo como “Reino de Chile”, se empeñaron de diferente manera y con variable resultado, siempre siguiendo las directrices de la Corona Española y del Virreinato del Perú de la que aquél dependía, tanto en afirmar progresivamente su presencia y acción múltiple sobre los territorios y pueblos aborígenes sometidos, como procurar de algún modo la reconquista y pacificación de la región insumisa.

Si lo primero tuvo ocurrencia principal al occidente de los Andes, entre el linde con el Perú y el río Bío Bío, y a oriente de la gran cordillera en la extensa región de Cuyo, lo segundo se concentró principalmente sobre el ámbito territorial ocupado por los alzados de 1598-1604, en el que desde un principio pudieron definirse dos subregiones, una septentrional, situada entre los ríos Bío Bío y Toltén - la Araucanía tradicional -, y otra meridional entre este último curso y el canal de Chacao, con dos distritos diferenciados a su vez por el sector interfluvial cisandino señalado por los ríos Toltén y Bueno, sobre el que habría de actuar la plaza-fuerte de Valdivia tras su repoblación de 1647, y el sector ubicado entre el río Bueno y Chacao, conocido con entera propiedad como el “territorio huilliche”, por habitar en él los aborígenes de esa etnia, sobre el que hubieron de dirigirse y realizarse los esfuerzos de reconquista y repoblación desde Chiloé.

Tanto hacia el sur como hacia el este andino y trasandino de la región señalada, así como hacia el meridón de Cuyo, se fueron generando con el tiempo algunas áreas intermedias, con propiedad “zonas de frontera”, sobre las cuales tuvo desarrollo una paulatina, interesante y rica relación de convivencia pacífica entre los hispano-criollos y los pueblos

aborígenes, alterado por ocasionales rupturas y consiguientes enfrentamientos armados.

Todo este acontecer fue virtualmente ignorado o subestimado por la historiografía chilena, en general, durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, con sólo algunas excepciones notables, que privilegió el estudio de lo ocurrido en el territorio occidental chileno, desde el Bío Bío al norte – con propiedad entendido, sobre todo en la zona del valle central, como la “cuna de la nacionalidad” –, descuidándose el conocimiento de cuanto había sucedido a lo largo del tiempo allende ese territorio en los dominios jurisdiccionales situados sobre el oriente andino (hasta 1776), sobre sectores cordilleranos y periandinos al sur del río Diamante (jurisdicción meridional tradicional de Cuyo), sobre Chiloé y sus dependencias factuales de la Patagonia occidental y sobre zonas orientales de ultracordillera, y también sobre el sector cisandino ya descrito entre el río Bío Bío y Chacao.

Tal circunstancia contribuyó a que, y no obstante las acciones militares, económicas y de otra especie desarrolladas durante los primeros años de la República, en la tercera y cuarta década del siglo XIX, historiadores, hombres públicos y con mayor razón el vulgo, cayeran en un progresivo olvido acerca de la chilenidad de los territorios de ultracordillera y de la Patagonia y Tierra del Fuego, circunstancia que no poco hubo de influir en el compromiso con la República Argentina, materializado en el Tratado de 1881, referido a la jurisdicción sobre los mismos y que concluyó con la aceptación, en lo general, de la cordillera de los Andes como línea geográfica delimitatoria.

Ello conllevó, en lo que nos ocupa, una suerte de enajenación de un patrimonio tan caro, por perdida de la memoria histórica, como si el abandono formal del antiguo solar de tiempos coloniales y republicanos tempranos hubiera incluido, asimismo, el olvido forzado sobre cuanto el mismo había acontecido – ¡y tanto! – a lo largo de tres y más siglos.

A una situación tan lamentable hubo de ponerle término una saludable y plausible reacción historiográfica que hemos venido constatando desde el tercio final del siglo XX, de la que han sido y son protagonistas calificados historiadores, como Sergio Villalobos, Gabriel Guarda, Leonardo León Solís, José Bengoa, Horacio Zapater, Jorge Pinto, Carmen Norambuena, Holdenis Casanova, Osvaldo Silva,

Walter Hanisch, Rodolfo Urbina Burgos y el que esto escribe, entre los principales. Con ellos ha venido cobrando forma un *corpus historiográfico variado y fecundo* que da cuenta de lo que ha resultado ser un sorprendente y rico acervo informativo que, indudablemente, ha venido a proporcionar más que nuevas luces, toda una perspectiva innovadora a la historia nacional, principalmente la correspondiente al extenso período comprendido entre el inicio de la conquista hispana y la independencia y surgimiento de Chile como estado soberano. Por si faltara, todavía, en simultaneidad se ha venido registrando una igualmente notable y fecunda preocupación entre historiadores argentinos contemporáneos que a su vez ha hecho posible conocer antecedentes sobre la permeabilidad de las pretendidas barreras geográficas andinas y, por consiguiente, la riquísima y antigua – quizá milenaria – interacción e interdependencia de los habitantes aborígenes de una y otra bandas, con uso compartido de los recursos económicos naturales, fenómeno sociológico prolongado hasta nuestros días por la fuerza de la tradición. Inclusive, este último aspecto que se enmarca en el acontecer que siguió al tiempo de la independencia hasta los años 20 y 30 del siglo XX, ha sido y es materia de estudio en un interés compartido de investigadores de uno y otro lado de la actual frontera internacional. Tal el caso de la penetración y asentamiento de colonos chilenos, pasado 1881, sobre tierras de la Neuquenia, Nahuelhuapi – el “País de las Manzanas” de los antiguos misioneros –, Alto Chubut y zonas aledañas, poniendo así de relieve la existencia de un patrimonio histórico común que debe ser conocido a fondo.

En ese contexto comprensivo es que valoramos especialmente el trabajo realizado por María Ximena Urbina Carrasco. El mismo dice relación con el estudio particularizado de la frontera “de arriba” en Chile colonial, que tal es el título que lo identifica, en el que se aborda con dominio cabal y amplio de las fuentes documentales lo que aconteció en y en torno a un área geográfica singular en los términos del Imperio Español, en lo referido a su reconquista, repoblamiento y pacificación de los pueblos aborígenes. Pero la autora no sólo se contrajo a ese asunto específico, sino que además abordó otro aspecto complementario y no menos interesante, como fue el de la preocupación de las autoridades de Chiloé por la banda oriental andina que entendía

formaba parte de su natural jurisdicción, tocante a las exploraciones, a las incursiones armadas – las malocas –, al uso de la misma como vía alternativa terrestre de comunicación entre Chiloé y Concepción, y a la evangelización de los pueblos indígenas que por allí habitaban, movidas en este caso particular por la fuerza sugerente del mito de los Césares de la Patagonia y por el anhelo de su búsqueda y hallazgo. Aborda así un capítulo interesantísimo de la historia del período indiano como fue la gesta misionera en la zona de Nahuelhuapi, emprendida desde Castro y que tuvo como protagonistas a los jesuitas PP. Mascardi, Van der Meeren, Elguea y Zuñiga, entre otros, que no obstante su fracaso, expresó como pocas otras acciones el interés de las autoridades civiles y religiosas sobre la extensa región de la banda oriental andina al sur del río Diamante, solar de los indígenas pehuenches y huilliches. Cabe recordar que esta materia tan poco conocida en general en nuestro medio, había sido abordada hace tiempo por los historiadores jesuitas PP. Diego de Rosales y Miguel de Olivares, en sendas obras publicadas hacia el tercio final del siglo XIX, y por el Dr. Francisco Fonck en su afamado trabajo sobre los viajes de Fray Francisco Menéndez a la región mencionada durante los años finales del período colonial.

La dedicación y el consiguiente aporte de la autora ha de sumarse a los estudios previos de Guarda, Hanisch y Rodolfo Urbina, su padre, acerca del papel que desempeñaron los establecimientos meridionales de Chile y el Imperio Español, principalmente los de Chiloé, para llevar a buen término, tras prolongado esfuerzo de dos siglos, el cumplimiento del trascendente objetivo mencionado precedentemente, cuyo momento culminante ha de situarse en la repoblación de la antigua ciudad de Osorno en tiempos del Gobernador y Capitán General Ambrosio O’Higgins.

Con ello María Ximena Urbina no sólo viene a contribuir con merecimiento a la tarea de sus predecesores, sino además a balancear si cabe la expresión, el esfuerzo de otros investigadores referido a sectores boreales y orientales de la frontera mapuche, incluidas las zonas pehuenche y huilliche de ultracordillera, y, al fin, enriquece de modo significativo el conocimiento más cabal e integral de la historia nacional en la inmensidad de su extenso ámbito original.

Mateo Martinic B.

LA TIERRA DE LOS FUEGOS. Historia Geografía Sociedad Economía. Por Mateo Martinic B. Segunda edición revisada y aumentada. Museo Municipal I. Municipalidad de Porvenir. 15 x 23 cms. 282 págs. Ilustraciones y mapas. Punta Arenas, 2009.

Mateo Martinic (Premio Nacional de Historia del año 2000) ha desarrollado una fructífera labor de investigación del pasado de la zona más austral de Chile. Sus numerosos libros abarcan ya, a estas alturas, buena parte de los hechos posibles de historiar, agregando últimamente en sus trabajos más recientes capítulos que indagan en la proyección económica y social de la región. Por su vasta experiencia en diversos ámbitos y disciplinas (fue intendente de Magallanes en tiempos de Frei Montalva), más que una recopilación de datos y su comprensión pretérita, Martinic asume en sus trabajos un compromiso visionario con el desarrollo del área, que lo lleva a reflexionar en torno al futuro de sus habitantes en aquel extenso y desolado entorno natural. “La Tierra de los Fuegos”, que publica ahora en una segunda edición mantiene este plan, y su relato alcanza hasta nuestros días buscando entregar al lector un panorama del potencial social y económico de la zona.

Pero el mérito mayor de Martinic, más allá del planteamiento formal de su rigurosa investigación, hay que buscarlo en sus virtudes narrativas. Sus libros se leen con facilidad, su relato, sin perder erudición y rigor, está muy alejado de las formalidades de la escritura académica de la historia y se desliza hacia un estilo ameno creando una atmósfera más ceñida al carácter a menudo épico y aventurero de los hechos narrados.

En efecto, la historia de la Tierra de los Fuegos está muy ligada –con sus grandezas y sus miserias– a la aventura colonizadora y al espíritu emprendedor del hombre occidental. Una tierra hostil como hay pocas, pero con una peculiar ubicación en el fin del mundo y un gran caudal de leyendas y mitos que la rodea desde las primeras exploraciones por su litoral que la dieron a conocer al hombre moderno. A pesar de esto último, la exploración del interior fueguino es muy tardía, se llevó a cabo por primera vez hacia 1880 por la Armada de Chile, y sólo a partir del informe emanado por el teniente Ramón Serrano, sobre los hallazgos auríferos se abrió la etapa de la ocupación colonizadora. Ésta siguió también con el viaje pionero que realizara el oficial de marina Jorge Porter con el descubrimiento de la bahía que

él mismo nombró Porvenir y que se convertiría luego en el principal asentamiento urbano de la zona.

La explotación aurífera fue el agente poblador inicial de la gran isla y con la llegada de los pioneros a los asentamientos cerca de los cerros de Boquerón se inició también el penoso conflicto con la etnia aborigen de los selknam, cazadores y recolectores, poseedores de una rica cosmovisión, habitantes del lugar durante miles de años y que vieron repentinamente invadido su territorio por una cultura completamente extraña. La pobreza de los yacimientos auríferos, que pronto fueron dejados en manos de pequeños mineros, hizo que la estrategia colonizadora y la inversión de los grandes capitales se enfocaran hacia la explotación pastoril. Motivado por la gran generosidad del gobierno central de Chile, –que a muchos colonos pareció imprudente desde sus inicios–, unos pocos empresarios de Punta Arenas, liderados por José Nogueira –amigo muy cercano del Presidente Balmaceda– y su cuñado Mauricio Braun, lograron hacerse de unas vastísimas concesiones de tierras, superiores al millón de hectáreas, que coparon toda la capacidad de pastoreo de la isla en muy poco tiempo. “La gran compañía pastoril, que con el correr del tiempo pasaría a constituir un verdadero imperio ganadero en las tierras del sur de América, debe atribuirse exclusivamente a la visión Nogueira y Braun”, escribe Martinic.

Si embargo, la historia conocida de la gran epopeya empresarial de Tierra del Fuego tuvo su lado oscuro en el conflicto generado con los selknam, quienes se encontraron repentinamente con todo el hábitat natural de su territorio de caza y recolección, cercado por alambradas y custodiado por celosos vigilantes a caballo. Esta situación inédita, más la facilidad que hallaron los aborígenes de proveerse de la carne de oveja mediante el robo, dio inicio a uno de los conflictos más tristes de la historia moderna de Chile. El autor no duda en calificar de “genocidio” la acción llevada a cabo por los estancieros en contra de los onas, pues los pocos que no murieron de forma violenta antes del año 1900 de manos de los capataces y trabajadores de las haciendas, lo hicieron por el contagio de enfermedades que les eran hasta ese momento desconocidas. La Isla Dawson se convirtió en el depósito de los selknam que eran capturados vivos, en su mayoría niños y mujeres, y allí recibían la atención de misioneros católicos. La indecisión del gobierno central para desarrollar una política de

protección de los indígenas, mediante reducciones como la que realizaba en la región de la Araucanía en esos mismos años, fue causa de vivas condenas por la comunidad de Punta Arenas, testigo muchas veces de la llegada de selkman capturados, que eran trasladados a la ciudad sin ninguna protección. Se calcula que los indígenas que habitaban el lugar antes de la colonización eran unos 3500 como máximo, y no quedaban más de un centenar en la primera década del siglo XX.

El desarrollo de la actividad ganadera permitió el crecimiento paulatino de la comunidad de Porvenir, que a través de la provisión de servicios fue convirtiéndose en el principal poblado de la isla, habitada en su gran mayoría por croatas. Su “época dorada”, hacia 1925-1945, le permitió adquirir los perfiles que la caracterizarían históricamente entre las comunidades magallánicas. La historia más reciente de la zona está vinculada al descubrimiento de los yacimientos de hidrocarburos, a la paulatina decadencia de la ganadería ovina y la explotación de una nueva estrategia de desarrollo a través del turismo.

Daniel Swinburn

LA MEDICINA EN MAGALLANES. Noticias y consideraciones para su historia. Por Mateo Martinic B. Colegio Médico de Chile, Regional Punta Arenas-Servicio de Salud Magallanes-Clínica Magallanes S.A. 15 x 23 cms. 300 págs. Ilustraciones. Punta Arenas, 2009.

Todo sorprende en el libro que nos ofrece Mateo Martinic, “La Medicina en Magallanes”.

De partida se aleja mucho del clásico y árido texto de historia, estereotipo que muchas veces nos viene desde el colegio, especialmente cuando no éramos muy buenos para el ramo. Muy por el contrario, es entretenidísimo, se lee muy fácil, casi, diría yo, como una novela. Y de las buenas.

Para los que los que hemos leído antes alguna de sus obras, lo que no sorprende para nada es la elegancia y galanura del estilo, que bien podría agregar a sus galardones algún premio de literatura para Mateo Martinic. El placer de la lectura se encuentra a cabalidad entre sus páginas, lo que en buenas cuentas, es la esencia de un buen libro.

Encontramos aquí las enfermedades y las costumbres sanatorias de los pueblos aborígenes, los chamanes y sus ritos, las propiedades curativas

del canelo y el apio silvestre, las piedras bezares de los guanacos, la alimentación de los indígenas y su impacto sobre la salud.

Viajamos en las carabelas y bergantines de los descubridores y exploradores europeos desde el siglo XVI al XIX, somos testigos de la espantosa mortandad de los tripulantes por el escorbuto, ignorantes de su prevención, hasta que a su vez descubrieron el canelo. De cómo el choque de las culturas dejó tanta desolación y muerte entre los indígenas, por la tuberculosis, el sarampión y el coqueluche, desconocidos en las tierras patagónicas durante diez mil o más años.

Vivimos la colonización chilena, desde el Fuerte Bulnes a Punta Arenas, sin médicos ni matronas, arreglándonos con comadronas, yerbateros y barberos, a veces sólo con practicantes, cuyo ejercicio profesional era a veces bastante aceptable, hasta la providencial llegada de Thomas Fenton, seguida más adelante por no menos destacados médicos, como Lautaro Navarro y Mateo Bencur. Impresiona cómo pudo hacerse tanto con tan pocos medios materiales y tecnológicos, cómo asolaba a los niños el raquitismo, sin conocerse su prevención, cosa que ahora nos parece tan sencilla. “¡Cuántas veces”, dice el autor, “debió aliviarse el dolor con sólo la inagotable bondad y paciencia del cirujano!”.

Nos encontramos con la historia de los hospitales, desde los barracones del comienzo hasta los modernos hospitales actuales Regional en construcción y Naval, pasando por el que fue destruido e incendiado en el “motín de los artilleros”, en que murieron calcinados todos los enfermos, el Hospital de la Caridad, luego de Beneficencia y más tarde Hospital de Asistencia Social. También están las clínicas privadas, con su indudable aporte.

El adelanto en salubridad, desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX, también está aquí. Impacta la pésima situación socioeconómica que durante mucho tiempo afectaba a gran parte de la población de Magallanes, pese a lo cual mejoraban las condiciones sanitarias. En cosa de diez años, entre las décadas de 1930 y de 1940, pasamos de los peores indicadores de salud del país, a los mejores. Esfuerzo mancomunado de las instituciones públicas y voluntarias, pero sobre todo de las personas, que culmina en esa obra magna del Estado chileno que fue la creación del Servicio Nacional de Salud.

De ahí en adelante Mateo Martinic nos trae hasta el presente, en un viaje tanto más interesante por los recuerdos de los lectores que hemos sido en mayor o menor grado, protagonistas de esta historia. También es valiente. No es fácil entrar en la actualidad sin omisiones, que las hay, por cierto. Los médicos somos algo quisquillosos, y ciertamente hay disconformes, pero debemos entender que no todo está en este libro.

Mateo Martinic nos deja dos lecciones de modestia y también un gran orgullo.

Modestia, en primer lugar por los méritos del autor, quien subtitula su Medicina en Magallanes como “Noticias y consideraciones para su historia”, dejando el desafío para que “otros en el futuro con más y mejores conocimientos puedan intentar escribir la historia de la medicina austral con mayor propiedad”. Me perdonará el autor por rebatirle, pero después de leer esta obra, no cabe duda que, si llega el momento, nadie mejor que él para recoger su propio guante.

La segunda lección de modestia se nos da a través de los personajes históricos, especialmente hasta mediados del siglo pasado, cuando hacían tanto con tan poco. Porque solían pedir recursos

al gobierno central de la República, a sabiendas de que les llegaría poco y nada, y sin embargo salían adelante con su propio esfuerzo. Y nosotros, tan arrogantes a veces, creemos que todo tiene que estar a mano, antes de pedirlo.

Nos deja también un gran orgullo y tal vez autocomplacencia, que también lo merecemos. Los adelantos médicos con que atendemos a nuestra población magallánica, las técnicas, las subespecialidades, los procedimientos a veces pioneros en el país, que por estar concentrados como árboles en nuestro propio mundillo de especialistas, no alcanzamos a percibir. Mateo Martinic nos aleja del bosque para que podamos verlo, y así percatarnos de qué bien hemos hecho algunas cosas, para beneficio de nuestros pacientes, quienes deberían estar tranquilos, a sabiendas de que en Magallanes hacemos una medicina tan buena, y a veces mejor, que en el resto del país.

Según el diccionario, una de las aceptaciones de “epopeya” es “conjunto de hechos gloriosos dignos de ser cantados épicamente”. Por eso creo que la obra de Mateo debió llamarse La medicina en Magallanes: Crónica de una epopeya.

Matías Vieira

Esta edición se terminó de imprimir en noviembre de 2009,
en los talleres de La Prensa Austral IMPRESOS.
Fono: 204012 / Fax: 247406 / Waldo Seguel 636
Punta Arenas - Chile